

Ciudades emocionalmente inteligentes

Esta semana, concretamente el viernes a última hora, se aprobó en la Unión Europea la primera ley que regula la inteligencia artificial (IA) de la historia del mundo; una regulación que pone como límite los derechos humanos y la seguridad. Pobre para algunos, un paso de gigante para otros. Veremos...

Lo importante es que estamos en un momento histórico y crucial. Este nuevo mundo que estimula de forma continua lo emocional, requiere y requerirá más que nunca el refuerzo de las relaciones humanas, el apego o lazo emocional. Un refuerzo necesario para seguir situando al ser humano en el centro, por encima de la máquina. Para que sea el ser humano quien controle a la máquina, no que la máquina controle al ser humano.

Las cosas no tienen por qué ser buenas o malas por sí mismas, sino que el uso que hagamos de ellas determinará si son percibidas como oportunidad o como amenaza. La tecnología, la IA, debe ayudar al ser humano; estar a nuestro servicio.

Corremos el riesgo histórico de que todo lo que hemos logrado avanzar en Europa acabe en agua de borrajas.

Somos emoción en el 95% de las decisiones que tomamos y razón apenas en el 5% restante. La cuestión es que la gestión de nuestra naturaleza emocional no esté solo al servicio del mercado, del negocio... sino que esté al servicio de la convivencia, de la justicia social.

Vivimos un momento de cambio disruptivo. No es la primera vez. Pasó en la revolución industrial; una época que generó mucho sufrimiento, guerras, lucha obrera... la explotación en ese momento histórico fue más física; hoy es cognitiva. Somos cobayas de un experimento del que nadie se atreve a vislumbrar un desenlace. La pregunta es: ¿tiene marcha atrás? Sin duda, no. ¿Tiene límites? Sin duda, los debe tener. Europa ya ha regulado.

Entre el pesimismo apocalíptico y el optimismo acrítico, hay margen para la esperanza. Hay un punto medio, donde, como decía Aristóteles, está la virtud.

Los políticos, los de la cosa pública, tenemos la mayor responsabilidad de todas. Seguimos ostentando el sagrado poder que nos prestan nuestros vecinos y vecinas, que dejan en nuestras manos el presente y el futuro, más incierto que nunca... Mientras la mayoría se enzarza en absurdas discusiones que nos dividen, nos alteran y sacan muchas veces lo peor de nosotros... Mientras el lío y el alboroto es cada vez mayor en el interior del Titanic, el barco navega sin rumbo a toda marcha, ajeno a los icebergs creados por el *homo deus*, al que traen sin cuidado las fronteras, los derechos humanos, la ética...

¿Y nosotros qué? Una de las máximas en la gestión eficaz es la de centrarse en lo que depende de nosotros y perder el mínimo o ningún tiempo en lo que no depende de uno mismo. Bueno, ninguno tampoco diría yo que sea aconsejable, pues de todo se aprende.

Europa regula. Pues pongamos nosotros, desde los ayuntamientos, al ser humano en el centro de nuestra atención. Reforcemos el sentimiento de comunidad, pertenencia e identidad. Ayudemos desde la proximidad y todos los medios a nuestro alcance a educar para que los avances estén a

nuestro servicio y para que no seamos nosotros quienes estemos a su servicio y el de sus creadores.

Europa regula; la justicia, el Estado de derecho, actúa. Así debe ser.

Pero la experiencia nos dice que la justicia es lenta, tiene pocos medios, va siempre detrás de quienes la esquivan. El problema es que la ineficacia y lentitud regulatoria en esta materia puede tener consecuencias aun hoy inimaginables.

La solución, como siempre, vendrá de la educación. “Evita la ocasión y evitarás el peligro”, dicen. ¿Y cómo? Pues hablamos demasiado de *smart cities* y necesitamos hablar, preocuparnos y ocuparnos cuanto antes de “*emotionally intelligent cities*” (ciudades con ciudadanos emocionalmente inteligentes).

Vila-real es ciudad educadora, mediadora... Una oportunidad para la educación emocional y el cuidado de la salud mental. De esto irá nuestra Escuela Municipal de la Felicidad y el Bienestar (EMFEB) en la que estamos trabajando.